

# DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL ACADÉMICO CONSILIARIO

D. FRANCISCO ALMENAR QUINZÁ

SEÑORES ACADÉMICOS:



DESIGNADO por el Excmo. Sr. Presidente de esta Academia para ostentar vuestra representación y ser vuestro portavoz en estos momentos, acepté gustosísimo tan honroso encargo, porque ello me proporcionaba la agradable tarea de dirigirme a vosotros en un acto tan trascendental y tan grato como es la recepción de un compañero que viene a prestar nuevos alientos a nuestra Corporación. Y esta tarea, tan simpática siempre, resulta acrecentada cuando el recipiendario llega a esta Casa por sus propios méritos y con un gran caudal de conocimientos que tan útiles han de ser para el cumplimiento de los fines culturales y artísticos que nos están encomendados.

No se trata de descubrirnos ahora la personalidad de D. Fernando Llorca Díe: todos le conocéis. Abogado y Doctor en Ciencias Históricas, fué periodista en sus años mozos, haciendo sus primeras armas en *El Pueblo*, de Valencia, a raíz de su fundación. Admirador entusiasta del insigne Blasco Ibáñez, a él debió la orientación y buen gusto literario. En Madrid, a las órdenes del valenciano Mencheta, figuró en su *Agencia periodística*, y a los pocos meses se trasladó a Sevilla, en donde estuvo dirigiendo *El Noticiero Sevillano*. De regreso, en Madrid, ingresó en la redacción de *El Liberal*, hasta la fundación, por Blasco Ibáñez, de *La Editorial Española y Americana*, que dió a conocer la popularísima *Novela Ilustrada*, de cuya gerencia fué encargado por el insigne novelista. Más tarde, y casado con la hija del ilustre literato valenciano, regresó a su ciudad natal para formar parte de la *Editorial Pro-meteo*, que dirige en la actualidad.

Es, además, un ilustre publicista, que ha sido Profesor-ayudante en nuestra Universidad. Pertenece a la Academia de la Historia, de Madrid, y es Director de número del Centro de Cultura Valenciana.

Sólo un triste recuerdo puede empañar esta ceremonia, que siempre la vida y la muerte caminaron juntas. El recuerdo va unido al nombre eminente de D. Eduardo Berenguer, cuya memoria tan íntimamente ligada se halla con nuestras labores, y especialmente con el que os dirige la palabra, que fué elegido académico juntamente

con él, tomando posesión de este honroso cargo en la misma sesión que el Sr. Berenguer. ¡Fué un compañero ejemplar, cuya memoria perdurará entre nosotros!

Y con esto podría dar por terminada mi misión y cumplido mi compromiso, sirviendo mis cortas palabras para abrir cariñosamente las puertas de esta Casa al que por sus merecimientos hemos traído a ella con nuestro voto unánime, reconociendo así la gran valía del nuevo compañero, si no fuera por la obligación que me impone el tema elegido por él en su discurso de recepción, ya que ha tenido la deferencia, para la clase a que pertenezco, de elegir uno tan sugestivo y de tanta dignificación para los Arquitectos valencianos, que tan olvidados han solido estar siempre.

Al tratar el Sr. Llorca de la Escuela valenciana de Arquitectos, nos hace contraer una deuda con él a todos los que a la clase pertenecemos, y más principalmente a los que formamos la Sección de Arquitectura de esta Academia, que venimos a ser los sucesores de aquellos maestros que cita en su hermoso y documentado trabajo dicho señor. En él hace revivir la tradición de la Escuela valenciana, con todas sus características y hasta con sus deliciosas intransigencias, que de un modo tan delicado expone. ¡Con qué galanura se ocupa de la influencia barroca en aquella época, y de los juicios a que dió lugar el afán tan natural y tan comprensible actualmente de innovación; afán incomprendido entonces, en que parecía un verdadero sacrilegio la separación del estilo neoclásico y de las reglas de la Arquitectura dogmática! ¡Cuántos monumentos hermosos, netamente españoles, no habrían llegado a subsistir, de haber prevalecido estas opiniones tan preceptivas! El Arte de la Arquitectura debe de ser consecuencia de la iniciativa individual: más que seguir las normas de una escuela rígida, importa acicatar la singularización estilizada recordando el pasado sin imitarle y adaptando las modalidades artísticas a las exigencias de cada época. En Arte, lo más bello no es siempre lo más conservador. No puede pretenderse que todos los temperamentos se adapten a los mismos cánones.

Y volviendo al nuevo compañero, que es un enamorado del arte arquitectónico, como lo demuestra en su obra «San Juan del Hospital» y en otros trabajos, ¡de cuánta gratitud es merecedor por haber tratado de reivindicar la memoria gloriosa de la Escuela valenciana de Arquitectos, que durante siglo y medio tan pujante se mostró y tan olvidada está actualmente! Por eso plácemes solamente merece la romántica idea del buen valenciano Sr. Just, al tratar de conseguir nuevamente la implantación de los estudios de Arquitectura en nuestra ciudad.

Y termino, con mi más sincera felicitación al nuevo académico, a quien me honro abrazando en nombre de todos vosotros, expresándole mi ferviente anhelo de que por muchos años siga dando días de gloria y satisfacción a nuestra querida Valencia y a esta Academia, a la que pertenece desde ahora.

HE DICHO.